

Nadie puede explicarse la tristeza con que Candelaria Soledad guardó su comal en el fondo de la bolsa. Depositó allí mismo, y con todo cuidado, las cucharas de madera y un puñado de mazorcas gruesas y crujientes. Se cubrió la cabeza con el pañuelo floreado, y salió de su casa, dispuesta a emprender el viaje.

—*Debo marcharme al reino fronterizo* —le explicó a su madre—. *Aquí ya no alcanza la plata para vivir ¡Quién quita que haciendo tortillas, pueda ganar muchas monedas en el vecino país!*

La anciana le dio un beso en la frente y la vio distanciarse. Le decía adiós con el trapo de limpiar la cocina, aun cuando Candelaria Soledad ya caminaba a varias millas.





Supo que había llegado a la frontera en el momento en que descubrió dos hileras de soldados, alineados unos frente a otros. Cada uno de ellos cargaba una lanza, así que vistos desde lejos semejaban dos interminables barandas.

El par de hileras estaba dividido por una línea, trazada en el suelo, con un trozo de tiza. Cuando se borraba un fragmento de la línea, uno de los guardianes cumplía con la regla: se agachaba, la volvía a trazar y le sacaba la lengua al que tenía enfrente. Candelaria Soledad pensó:

—*Extraña manera de saludarse la gente.*



No había terminado de traspasar la línea fronteriza, cuando encontró un letrero que colgaba del tronco de un árbol donde se leía:

BUSCO COCINERA CALIFICADA.
DIRÍJASE A LA GRAN TORRE
DE LA PATRONA CORONADA.

Y la muchacha de la bolsa tejida con hilos rojizos, no tardó en encontrar la torre.

Se trataba de una fonda para viajeros, ubicada en medio de un prado repleto de ganado. Todos los animales la miraron pasar, pero una vaca, con las pestañas rizadas, no tardó en cantar:

